

# ESTUDIOS FILOSÓFICOS

**JUAN MANUEL ALMARZA MEÑICA OP  
(1945-2020)**

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

La Revista ESTUDIOS FILOSÓFICOS,  
fundada en 1952, es una publicación cuatrimestral del Instituto Superior de Filosofía, de Valladolid.

### CONSEJO DE REDACCIÓN

Sixto J. Castro (*Universidad de Valladolid*)  
Fernando Vela López (*Instituto Superior de Filosofía*)  
Justino López Santamaría, OP (*Instituto Superior de Filosofía*)  
Bernardo Fuego Suárez (*Facultad de Teología de San Esteban, Salamanca*)  
Ángel Martínez Casado (*Universidad Pontificia de Salamanca*)  
Jesús A. Díaz Sariego (*Facultad de Teología de San Esteban, Salamanca*)  
Fco. Javier Martínez Contreras (*Universidad de Deusto*)  
Joaquín Esteban Ortega (*Universidad Europea Miguel de Cervantes*)  
Henar Zamora (*Universidad de Valladolid*)  
Javier de Lorenzo (*Universidad de Valladolid*)  
Joaquín Bandera (*Universidad Complutense de Madrid*)  
Emiliano Fernández Vallina (*Universidad de Salamanca*)  
Simona Langella (*Università degli Studi di Genova*)

### REDACCIÓN

Originales, propuestas y envío de canjes, libros para recensión:

Estudios Filosóficos.  
Plaza de San Pablo, 4  
Apartado 586  
47080 Valladolid (España)  
Tel.: 983 356 699 ~ Fax: 983 343 409  
E-mail: estudios.filosoficos@dominicos.org  
http://estudiosfilosoficos.dominicos.org

### ADMINISTRACIÓN

Suscripciones, pagos, adquisición de números o colecciones:

Editorial San Esteban.  
Apartado 17  
37080 SALAMANCA (España)  
Tel.: 923 215 000 ~ Fax: 923 265 480  
E-mail: revistas@sanestebaneditorial.com  
http: www.sanestebaneditorial.com

### SUSCRIPCIÓN 2022

España..... 50 €  
Otros países..... 50 € más gastos de envío

Los pagos deben ir dirigidos a nombre de Editorial San Esteban y no a nombre de la revista. Se pueden hacer efectivos mediante cheque nominal dirigido directamente a Editorial San Esteban, o a alguna de las siguientes cuentas bancarias de Salamanca:

Banco Santander	Banco Popular
SWIFT BSCHESMM	SWIFT POPUESMM
ES68 0049 5290 2425 1068 7409	ES25 0075 5701 2306 0032 8767

### E X I S T E N C O L E C C I O N E S C O M P L E T A S

© Editorial San Esteban.

Depósito Legal: S. 380-2014  
ISSN: 0210-6086

Imprenta ESTUGRAF  
MÁDRID 2021

A Ñ O 2 0 2 2 - V O L . L X X I - N ° 2 0 6

## EN TORNO A LA AMISTAD Y LOS RITOS DE SU CUIDADO

ON FRIENDSHIP AND THE RITES OF ITS CARE

Fernando Vela López

Facultad de Teología San Esteban

**Resumen:** *Visto el uso equívoco del término "amigo" en nuestros ambientes, no es ocioso retornar sobre la noción de amistad. La modernidad resalta el respeto y la distancia entre dos sujetos, situándose así en una perspectiva diferente al alter ego antiguo y medieval. Se trata de una experiencia con los mismos límites y fragilidad de la persona que la vive, por lo que es necesario su cuidado a través de ritos tales como pasar el tiempo juntos, compartir la comida y el diálogo y saber perdonar.*

**Palabras clave:** *amistad, amor, distancia, gratuidad, apoyo mutuo, diálogo.*

**Abstract:** *Given the misleading use of the term "friend" in our circles, it is not useless to return to the notion of friendship. Modernity highlights the respect and distance between two subjects, thus placing itself in a different perspective from the ancient and medieval alter ego. It is an experience with the same limits and fragility of the person who lives it, so it is necessary to take care of it through rituals such as spending time together, sharing food and dialogue and knowing how to forgive.*

**Keywords:** *friendship, love, distance, gratuitousness, mutual support, dialogue.*

Quiere la costumbre que un volumen de homenaje recoja trabajos sobre el pensamiento del homenajeado o sobre alguno de sus círculos de interés y líneas de investigación. En esta ocasión no voy a seguir esa pretensión y me circunscribo a un asunto prioritario para cualquier persona que pretenda vivir con dignidad y sentido: la amistad.

Tuve la fortuna de tejer una profunda amistad con Juan Manuel Almarza desde que en los años ochenta del pasado siglo compartimos los afanes de la formación y fuimos colegas en el Instituto Superior de Filosofía de Valladolid, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Deusto y hasta en el trabajo pastoral en la bilbaína parroquia de la Encarnación<sup>1</sup>. Fui partícipe, confidente y testigo de sus muchas búsquedas y de su departir con otros intelectuales de su época. Bien pudo haber escrito algo similar a *Las Grandes Amistades* de Raissa Maritain, lo que hubiera sido un testimonio muy valioso del panorama cultural en que se desarrolló.

Recuerdo que en nuestros largos paseos y al tomar algo juntos, durante nuestros muchos años de convivencia, nos propusimos alguna vez escribir en conjunto algo sobre los ritos de la amistad. No llegamos a hacerlo cuando podíamos. Luego, su enfermedad final lo hizo inviable. Retomo aquí ese propósito, aunque empobrecido al no contar ya con su palabra, con su densa cultura ni con su cercanía personal.

## ¿QUÉ DECIMOS CUANDO DECIMOS AMISTAD?

Ordinariamente, cuando decimos amistad hacemos referencia a un vínculo interpersonal amoroso, íntimo, mutuo, sincero y leal entre dos o más personas, un vínculo que no procede del hecho de pertenecer a un mismo grupo de origen, como puede ser la familia, o un grupo de afinidades culturales, políticas o religiosas. No obstante, en el lenguaje coloquial precipitadamente equiparamos la amistad con otro tipo de vinculaciones afectivas, más o menos, personales y estables, que lo parecen, pero que no lo son. No es ocioso, pues, deslindar la experiencia y noción de la amistad de otras con las que ha llegado a confundirse.

Y es que, con la amistad, ocurre como con el amor, una experiencia y concepto al que es tan próximo. Se ha dicho del amor que hoy corre el riesgo de convertirse en una “terminología sonámbula”<sup>2</sup>. No se trata solo de una limitación del lenguaje debida al hecho de que en español no existan palabras diferentes para hablar de las diferentes formas del amor, como sí ocurría en el

---

<sup>1</sup> Fernando VELA LÓPEZ, “In Memoriam. Juan Manuel Almarza Meñica, O.P. (1945-2020)” en *Ciencia Tomista* 148 (2021) 477-485.

<sup>2</sup> José Tolentino MENDONÇA, *Ningún camino será largo. Para una teología de la amistad*, Madrid, San Pablo, 2013, p. 14.

griego: “amor de amistad”, *philia*, “amor carnal”, *eros*, “amor espiritual”, *agape*<sup>3</sup>. Es, más bien, una consecuencia de las ambigüedades de nuestra cultura. Como se ha dicho,

nuestra época parece que solo sabe hablar de amor. A medida que asistimos a una inflación de este término, disminuye claramente su fuerza expresiva, como secuestrada por un uso equívoco y sonámbulo. Cada vez se sabe menos de qué estamos hablando cuando hablamos del amor. Con la misma palabra designamos el amor conyugal y el sentimiento que nos une a un club deportivo; las relaciones entre padres e hijos y las relaciones de consumo; las aspiraciones individuales más profundas y también las más frívolas. Todo es amor (...). Nos hemos acostumbrado a escuchar la invitación al amor, pero la recibimos o la reproducimos sin mayor discernimiento<sup>4</sup>.

En la misma sabiduría popular, la amistad es una forma de amor entre personas que se diferencia de otros sentimientos: no es lo mismo un amigo que un pariente, o un amigo que un conocido. Por ello es un ejercicio valioso distinguir, más en la vida, pero también en la teoría, aquellos términos que en la práctica han venido a ser sucedáneos de la amistad. Aquí la distinguiremos de otros fenómenos como pueden ser el compañerismo, la amistad interesada, la camaradería, la afinidad sentimental y la fraternidad.

En primer lugar, no es difícil distinguir la amistad del mero compañerismo. El compañerismo es la actitud de quienes se acompañan y se apoyan entre sí para lograr algún fin. Es el ámbito propio de conocidos, aunque intuimos que un conocido no es un amigo. El compañerismo es el espacio del trato y de la diversión. Con los compañeros nos comportamos cortésmente, pero no solemos pasar de una benevolencia superficial ni sobrepasar la simpatía y las preferencias espontáneas. Con mucha frecuencia los compañeros se adulan, sin necesidad de desembocar en un sincero intercambio y en el reconocimiento del otro. A fuerza de ser compañero de muchos, y en ámbitos sociales muy diversos, el compañerismo es “raramente muy íntimo”<sup>5</sup>. Si el compañerismo muestra nuestra naturaleza grupal y nos deja independientes unos de otros, la amistad manifiesta algo más elevado: nuestra condición de “criaturas amorosas”, al decir de Julián Marías. Más que una forma de actuar es una manera de ser que implica una sana dependencia mutua, al tiempo que nos libera de los anclajes de la individualidad y de la indeterminación de la masa.

<sup>3</sup> Así lo ha hecho notar Daniel RODRÍGUEZ CARDOSO, “Julián Marías y la amistad”. Comunicación presentada en las IV Jornadas de la AEP: “Julián Marías, una visión responsable”. Universidad Complutense de Madrid, 7-9 febrero 2008. <https://www.personalismo.org/rodriguez-cardoso-daniel-julian-marias-y-la-amistad> (acceso 10 de diciembre de 2021).

<sup>4</sup> José Tolentino MENDONÇA, *op. cit.*, pp. 9-10.

<sup>5</sup> David KONSTAN, *La amistad en el mundo clásico*, Madrid, Avarigani, p. 53, nota 32.

Otro fenómeno muy frecuentemente confundido con la amistad es la relación interesada. No es exclusivo de nuestra época; ya los clásicos pensaron y escribieron sobre ello. Pero hoy cobra más fuerza porque es el trasunto de nuestras sociedades de producción y consumo. En ellas perdemos la sensibilidad hacia algunos matices muy interesantes, esos que permitían a Aristóteles distinguir tres grados o formas de amistad: la que se basa más en las ventajas que se siguen de una relación interpersonal que en el amor por lo que el amigo es en sí mismo, la que satisface el gusto natural o proporciona placer al momento presente, y la amistad entre hombres buenos. Esta última era para él la forma más perfecta, por instalarse en la virtud, mientras que las dos primeras son inestables y fugaces<sup>6</sup>. Los dos primeros de estos tres grados de amistad hacen referencia a la rentabilidad de las relaciones, apuntando a una satisfacción material o sensible inmediatas que no llegan a ser amistad propiamente dicha. Lamentablemente, estas relaciones interesadas han llegado a ser paradigmáticas entre nosotros. Sin embargo, y pensemos lo que pensemos de la amistad, parece que no puede ser reducida nunca a una relación de mero interés. Los amigos no son aquellos cuya protección nos resulta útil o que nos son provechosos por los favores que nos hacen. En este tipo de relaciones, el encuentro con el otro es un medio para lograr otros objetivos, no un fin en sí mismo. Todo lo contrario del desinterés. De hecho, las adversidades, al poner en evidencia la urgencia de la ayuda mutua, son la piedra de toque de una amistad auténtica<sup>7</sup>.

Por otra parte, esta forma interesada de amistad degenera en diversos modos de egoísmo y relaciones superficiales que son el caldo de cultivo para el oportunismo. Hay quienes han percibido “un descenso en la calidad de la amistad tal y como se vive en las sociedades actuales como consecuencia de la alienación y la mercantilización de las relaciones personales”<sup>8</sup>. El predominio del interés en las relaciones interpersonales fija al sujeto en sí mismo, lo enquistado en el primado del egoísmo y en una mirada obsesiva y avarienta sobre el propio yo.

Tampoco es lo mismo amistad que fraternidad. Coinciden en ser una alternativa al aislamiento y la soledad, pero hay aspectos que las hacen ser bien diferentes. Se ha advertido, en efecto, que al menos en algunos escritos de autores del siglo IV, las ideas de hermandad, caridad y amor universal comienzan a desterrar la idea de amistad clásica<sup>9</sup>. Pero no se puede perder de vista que mientras la fraternidad supone la aceptación del hermano, como ocurre también con el parentesco familiar, al amigo se le elige. Y que la preferencia

<sup>6</sup> ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*. Particularmente los capítulos VIII y IX.

<sup>7</sup> Cf. Isabel DE TORRES RAMÍREZ, “De los amigos y la amistad en la filosofía popular española”, en *Paremia* 6 (1997), p. 602.

<sup>8</sup> David KONSTAN, *op. cit.*, p. 53.

<sup>9</sup> Cf. *Ibid.* pp. 287-8.

por un ser humano está condicionada por algo que no es la caridad, ya que “la caridad es indiscriminada”<sup>10</sup>. Incluso autores como San Jerónimo, San Agustín o Basilio de Cesarea, que siguen utilizando el clásico término amistad, parecen preferir las expresiones *caritas* o *ágape* en vez de *amicitia* o *philia*, y hablan de sí mismos como hermanos y no solo como amigos<sup>11</sup>.

Otros fenómenos o categorías lindantes con la amistad, si bien diferentes de ella, son la camaradería, el sentimiento, la simpatía y la emotividad. Pedro Laín Entralgo dedica todo un capítulo de la primera parte de su libro sobre la amistad a analizar varios de esos fenómenos muy típicos de la modernidad más reciente<sup>12</sup>. La camaradería es para él, ya desde Hegel, el sustitutivo moderno de la amistad tradicional: una vinculación puesta al servicio de un fin común y objetivo. En Comte, son el sentimiento y la simpatía los que dan cuenta de esta relación que desarrolla la sociabilidad. Para Marx, la camaradería es un hecho más universal que particular que se vive y manifiesta asumiendo el trabajo como una tarea colectiva y transformadora. El Romanticismo la percibe a través de una difusa emotividad y Nietzsche la anhela y proyecta en el Superhombre. Ciertamente, como advierte el propio Laín, en la modernidad “la tradicional idea de la amistad naufraga”<sup>13</sup>.

Y, sin embargo, tenemos la necesidad de seguir pensando en la amistad por lo que tiene de permanente en nuestra vida, si la pensamos, la sentimos y la proyectamos con calidad humana, porque una vida sin amigos sería, al decir de Séneca, como la vida salvaje de las alimañas<sup>14</sup>.

## EL AMIGO ¿OTRO YO?

La tradición occidental, al menos hasta Kant, desarrolla una búsqueda no sólo de la noción de amistad en abstracto, sino de quién pueda decirse que es un buen amigo. El buen amigo no es quien busca a través de sus relaciones aumentar su bienestar, ni quien se conforma con gozar de la presencia del otro, como ya se ha dicho al analizar las formas incompletas de la amistad en el pensamiento de Aristóteles. Para éste, “es buen amigo aquel que ve en su

<sup>10</sup> Simone WEIL, *La amistad*, Madrid, Hermida, 2020, p. 63.

<sup>11</sup> Cf. David KONSTAN, *op. cit.*, p. 295.

<sup>12</sup> Cf. Pedro LAÍN ENTRALGO, *Sobre la amistad*. Madrid, Círculo de Lectores, 1994, pp. 105-138.

<sup>13</sup> Dice Laín que: “Después de Kant y Fichte –con las matizadas reservas que luego he de hacer a propósito del Romanticismo–, la tradicional idea de la amistad naufraga o se disuelve en el ‘espíritu objetivo’ y la ‘general conciencia de sí’ (Hegel), en la concepción del amor como puro altruismo al servicio de la Humanidad entera (Comte) y en la visión filosófica del hombre como ser genérico y de la dinámica de la existencia humana como ‘materialismo dialéctico (Marx y Engels)’”. *Ibid.*, p. 118.

<sup>14</sup> Cf. Lucio Anneo SÉNECA, *Cartas a Lucilio*, Madrid, Ariel, 2018, carta 19,10.

amigo un duplicado de su propia realidad individual”<sup>15</sup>. Así caracterizado, el bueno y auténtico amigo es *alter ego*, “otro yo”. Así lo presentó Cicerón, para quien el hombre “no sólo se ama a sí mismo, sino que busca afanosamente a otro con cuya alma mezclar la suya, de suerte que, de las dos, se forme casi una sola”<sup>16</sup>.

En esta aventura, los humanos superamos nuestra soledad, pero también nuestros propios límites individuales, pasando, al pensar de Platón, de lo sensible a lo inteligible, del eros a la amistad, de lo particular a lo universal, de lo bello a lo bueno, como bien ha sintetizado Mendonça<sup>17</sup>. Dicho de otro modo, la amistad nos ubica en un panorama humano mucho más amplio que el de nuestra propia individualidad. Una relación así concebida afecta a la persona entera: se instala y se expresa en la voluntad y en los sentimientos más íntimos ya que “el amor añade algo a la simpatía. Esta por sí sola mantiene las distancias, aquel las franquea: aproxima, cautiva, unifica y hasta llega a identificar”<sup>18</sup>. Para que se dé la amistad hay que quererlo. Pero implica también a la dimensión del conocimiento, un conocimiento más profundo que el que da la simple coincidencia, un encuentro interpersonal en los valores compartidos, en los puntos de vista y los proyectos comunes, compartiendo respuestas y preguntas. También, y necesariamente, la amistad se traduce en obras con las que mostramos el afecto, la estima, y la generosidad hacia el amigo.

Por todo ello, la amistad es un asunto de virtud. Este no es un asunto menor. Para la antigüedad griega esto tenía una enorme fuerza personal e interpersonal. La virtud es mucho más de lo que habitualmente interpretamos como un actuar correcto. Es la fuerza de la persona y de la personalidad. Es la *areté*, una muestra de la excelencia de la persona. Los griegos ya advirtieron que la amistad se establece entre sabios, y que es un apoyo mutuo para alcanzar la sabiduría. Aunque no se puede olvidar que la amistad no existe entre virtudes, sino entre personas<sup>19</sup>, pero tenemos necesidad de los amigos para ser virtuosos.

En esta relación de amistad se dan necesariamente la benevolencia, la reciprocidad y la asimilación de ambas vidas, poniendo en común los pensamientos y sentimientos, provocando un conocimiento privilegiado y recíproco, aunque, en realidad, el amigo sea alguien más amado que conocido. Al amigo le amamos como a uno mismo; la amistad excluye la subordinación mutua en aras de cualquier otro tipo de interés. Lejos de manipularle con cualquier otra

<sup>15</sup> Pedro LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 26.

<sup>16</sup> Marco Tulio CICERÓN, *La amistad*, Madrid, Trotta, 2002, frag. 81.

<sup>17</sup> Cf. José Tolentino MENDONÇA, *op. cit.*, pp. 49-50.

<sup>18</sup> H. D. NOBLE, O.P., *La amistad*, Bilbao, EDB, 1954, p. 59. A pesar del tiempo transcurrido desde su publicación, esta obra es un comentario espléndido del pensamiento de Santo Tomás de Aquino sobre la amistad.

<sup>19</sup> Cf. David KONSTAN, *op. cit.*, p. 150.



finalidad, en la amistad nos damos al amigo, le otorgamos nuestra persona, y actualizamos así nuestra capacidad, más que de dar, de darnos. En un movimiento recíproco, quien ama recibe del amigo lo que necesita, ve compartidas sus pérdidas, actúa para el bien común, se regocija con nuestra riqueza y nos ayuda a levantarnos cuando tropezamos<sup>20</sup>. Cicerón expresó muy bien esta compleja trama de pensamiento, sentimientos y obrar justo propios de una auténtica amistad. Decía así:

Lo razonable es, primero, ser hombre de bien uno mismo y, después buscar a otro que sea la propia imagen de uno. Entre personas así es donde puede tomar consistencia esa estabilidad de la amistad (...). Será entonces cuando los hombres unidos por la benevolencia, en primer lugar, mandarán sobre las pasiones de las que los demás son esclavos y, luego, gozarán de la equidad y la justicia. Y todo lo aceptará el uno por el otro, y jamás se pedirán el uno al otro nada que no sea honesto y recto, y no sólo se tendrán atenciones y afecto mutuos, sino que incluso se guardarán un respetuoso miramiento. Pues priva a la amistad de su mejor gala quien le quita el respeto<sup>21</sup>.

En definitiva, nos desarrollamos como personas valiosas gracias a los amigos, de quienes recibimos gustosos su don y a quienes nos damos sin esperar recompensa alguna, porque la recompensa es el mismo amor de amistad. No le faltaba razón a Simone Weil al preguntarse: "Si no hay otro al que amar, ¿por qué vivir? No vale la pena. Sin embargo, si la vida nuestra no tiene valor, ¿cómo apreciarla para concederla al otro?"<sup>22</sup>

La Edad Media continúa esta tradición del concepto de amistad como *alter ego*, si bien, por influjo del cristianismo, la espiritualiza, como puede advertirse en las aportaciones de San Agustín, San Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino y en la tradición monástica. No es este el lugar para un análisis pormenorizado de esas aportaciones. Pero sí de recordar al monje Elredo de Rieval y su análisis de las diferentes formas de amistad para desembocar en la amistad espiritual, la que nace de la dignidad de la propia naturaleza y del sentimiento del corazón humano<sup>23</sup>. Y a Santo Tomás de Aquino y su vinculación entre la amistad y la caridad, ya que "el motivo de amar al prójimo con caridad es Dios [... y aunque] el amor al amigo puede darse por un motivo que no sea Dios, el amor, en cambio, al enemigo tiene como motivo único a Dios"<sup>24</sup>. Cabe preguntarse si esta espiritualización devalúa o enriquece la noción tradicional de amistad. Es claro que la fraternidad, la caridad, el ágape

<sup>20</sup> Cf. *Ibid*, p. 156.

<sup>21</sup> Marco Tulio CICERÓN, *op. cit.*, frag. 82.

<sup>22</sup> Simone WEIL, *op.cit.*, p. 57.

<sup>23</sup> El ideal medieval monástico sobre la amistad espiritual, sumo analogado del amigo como *alter ego*, fue desarrollado por Elredo DE RIEVAL, *La amistad espiritual*, Burgos, Monte Carmelo, 2002.

<sup>24</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología* II-II, q.27, a.7.

se integran en la perspectiva de la amistad auténtica que había dibujado Aristóteles, a la vez que la amplían por algo totalmente novedoso: el amor y la amistad de Dios y a Dios.

Esta es una idea extraña a Aristóteles, quien postulaba la igualdad como condición que hacía posible la amistad. Sin embargo, en la tradición cristiana tiene una considerable importancia de innegables raíces bíblicas. Así, en los relatos veterotestamentarios, Abraham es recordado como el amigo de Dios (Is. 41,8) y Moisés como aquel con quien Dios hablaba cara a cara como un hombre con su amigo (Ex. 33,11). En el Nuevo Testamento, Jesús eleva a sus discípulos a la categoría de amigos porque están unidos en una comunión de mentes y voluntades (Jn. 15,15).

El amor y la amistad de Dios y a Dios pasó a ser modelo y aliciente para el amor mutuo y la amistad. Desde esta perspectiva, se ha descrito cómo “el ágape es creativo, descubre siempre el bien posible del otro, abre caminos, valora la diversidad y lo diferente del otro, es sacrificado y humilde, es veraz y apuesta por la verdad del otro y la propia”<sup>25</sup>.

## EL GIRO DE LA MODERNIDAD

En la modernidad perviven muchas de las aportaciones anteriores acerca de la amistad. *El Banquete*, de Platón, *De amicitia*, de Cicerón, y sobre todo los entrañables capítulos VIII y IX de la aristotélica *Ética a Nicómaco* siguen resonando como sólo lo puede hacer un clásico. Incluso hoy se siguen publicando y consultando. De hecho, hay marcadas concomitancias de los planteamientos antiguos y modernos, como la relación mutua, voluntaria, afectuosa y altruista entre amigos..., pero también profundas diferencias.

Ciertamente, algo importante está cambiando ya desde el siglo XVI en el modo de concebir la amistad. La novedad se expresa muy bien en la conocida sentencia de Michel de Montaigne formulada ante la muerte de su íntimo amigo el poeta La Boétie “porque él era él y porque yo era yo”: la auténtica amistad, en vez de fundir dos personalidades en una sola, armoniza una duplicidad de caracteres que son mutuamente afirmados y respetados. El viejo ideal de hacer de dos personas una sola a través de la amistad comienza a decaer.

Será, no obstante, Kant, quien al desarrollar su idea del hombre como ser moral, como fuente moral de fines y deberes autónomos, es decir como persona, motive nuevos planteamientos. La novedad consiste, ante todo,

en su resuelta concepción de la vida amistosa como un estricto deber moral y en la especial energía con que en ella es formulado el bien que podemos

---

<sup>25</sup> Carlos Marcelo BARVARINO, “La amistad. Del eros al ágape”, en *Ciencia Tomista* 10 (2010), p. 117.

llamar 'principio del respeto' y en cuyo fondo está operando, como eficaz instancia determinante, la idea de una constitutiva sacralidad de la propia persona y de la persona del otro, en cuanto que entes capaces de proponerse autónomamente sus respectivos fines morales<sup>26</sup>.

La persona, en efecto, demanda un respeto de la dignidad propia y debe ese mismo respeto a los demás. La perfección es algo propio de cada sujeto: la mía me compromete a mí mismo, la del otro a él, aunque puedo proporcionarle ayuda para que alcance su propia perfección. Sin embargo, en la amistad mantenemos nuestra identidad, no dejamos de ser cada uno yo mismo y esto tiene sus consecuencias. Particularmente dos: el *respeto* y la *distancia*.

En lo que afecta al *respeto*, la modernidad destaca el respeto a la libertad y la libertad del otro. Es la libertad lo que le constituye como sujeto moral. Atentar contra la libertad del otro es invadir lo más propio de él mismo. Por eso, el respeto y el interés por la persona del otro y sus posibilidades no justifican ninguna invasión de su intimidad. Son el contrapunto al riesgo de que la responsabilidad hacia el amigo degenera en dominación y posesividad. El respeto garantiza un espacio irrenunciable de la intimidad personal. Y también equilibra la comunicación entre amigos, no atosiga al otro, le deja ser quien es. La confianza, una de las bases de la amistad, crece o se deteriora en virtud del necesario equilibrio en la comunicación mutua. Comunicación siempre confiada, nunca invasiva ni impositiva. La comunión, por íntima que sea, no es fusión, da siempre un margen generoso a la autenticidad de ambos amigos.

La segunda consecuencia es la *distancia*. No se trata de algo físico y temporal, sino existencial. Se quiere decir con esto que, aun cuando en la amistad estamos unos con otros y somos los unos para los otros, mantenemos cierta exterioridad: los amigos no se diluyen, no se yuxtaponen, no se superponen entre sí<sup>27</sup>. La amistad supone, ciertamente, un conocimiento mutuo. Pero este no llega a ser nunca total. Es el secreto de cada persona, ese santuario por donde sólo ella transita. Por eso, lo que no podemos conocer del otro dejamos tranquilamente que permanezca incognoscible<sup>28</sup>. Y esto no a consecuencia de algún tipo de límite, sino de lo irreductible de la persona.

Esta "franja enigmática" entre ambos<sup>29</sup> no es un muro que ninguno de los amigos eleve para defenderse del otro, sino más bien una purificación de toda tentación de dominio. Por eso es bien cierto que el amigo es ese que está próximo pero que nunca deja de ser lo más distante<sup>30</sup>. Como ha dejado dicho

<sup>26</sup> Pedro LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 101.

<sup>27</sup> Cf. José Tolentino MENDONÇA, *op. cit.*, p. 58.

<sup>28</sup> Cf. *Ibid.*, p. 14.

<sup>29</sup> H.D. NOBLE, *op. cit.*, p. 65.

<sup>30</sup> Cf. José Tolentino MENDONÇA, *op. cit.*, p. 59.

S. Weil, “los dos amigos aceptan ser dos y no uno, respetan la distancia entre ellos, establecida por ser dos criaturas distintas. Sólo con Dios tiene el hombre derecho a ser uno”<sup>31</sup>.

Esta forma de respeto que es la aceptación de la distancia evidencia la gratuidad e incondicionalidad de una amistad. Se ha dicho también que “el amigo no pide al amigo que lo refleje, ni que lo consuele, ni que lo distraiga, sino que sea él mismo incomparablemente y que provoque un amor incomparable”<sup>32</sup>. La amistad sigue siendo el espacio de la ayuda mutua y de la mutua superación, ayudando al otro a ser él mismo, conmigo, pero él mismo, nunca otro yo.

El *respeto* y la *distancia* sitúan a la amistad en la senda de un encuentro que supera lo simplemente agradable y limpia de otro interés que no sea el gozo de la presencia y su evocación en la ausencia, ampliando así la humanidad de los amigos. Porque la amistad no es un lazo posesivo o narcisista sino una experiencia compartida de libertad.

Este modo de entender la amistad hace justicia a los amigos como personas y se verifica en un amplio y rico conjunto de actitudes y compromisos que ha sido descrito como el *dodecálogo* básico de la amistad: benevolencia, afinidad recíproca, afecto correlativo, beneficencia mutua, además de preferencia, libertad, convergencia, coincidencia, inmanencia, gaudencia, gratuidad e incondicionalidad<sup>33</sup>.

La amistad, que supera tantas cosas y carencias, ¿supera también el tiempo? Puede leerse en un fragmento de S. Weil una afirmación aparentemente contradictoria: “Cuando desaparezcas, sería absurdo pedirle a la realidad que me permita verte otra vez. Sabes que no creo en encuentros en otra vida. Sea como fuere, es necesario para nuestra amistad que tú existas”<sup>34</sup>. Ahora bien, ¿cómo sigue existiendo el amigo tras la experiencia traumática de la muerte?

En la antigüedad clásica hay una conciencia de la pervivencia del amigo muerto en el recuerdo que mantenemos de él. Así lo expresaba Cicerón:

Si el recuerdo y la memoria de todo esto hubiera desaparecido junto con él, yo no podría soportar en modo alguno la pena por la falta del más entrañable y cariñoso de los hombres. Pero estos recuerdos no se han extinguido, sino que más bien se alimentan y crecen con mis pensamientos y evocaciones<sup>35</sup>.

<sup>31</sup> Simone WEIL, *op. cit.*, pp. 71-72.

<sup>32</sup> Emmanuel MOUNIER, *Revolución Personalista y Comunitaria*, en *Obras Completas*, Salamanca, Sígueme, 1988, vol. I, p. 193.

<sup>33</sup> Cf. Carlos Marcelo BARVARINO, *op. cit.*, p. 20.

<sup>34</sup> Simone WEIL, *op. cit.*, frag. 1º, p. 79.

<sup>35</sup> Marco Tulio CICERÓN, *op. cit.*, frag. 104.

También Séneca mantuvo esta opinión, pero en su perspectiva espiritualista percibe que el amigo muerto es algo más que un recuerdo: “la amistad no se entierra con la muerte del ser querido, ya que él queda con nosotros”<sup>36</sup>.

Esta es una convicción que las creencias cristianas enfatizan aún más. La muerte no es una palabra definitiva. En esa desconcertante experiencia común a todos los humanos subyace, se renueva y se transforma la vida. Por eso se ha podido decir que: “Si tengo fe, mi amigo no ha muerto. He aquí la inmensa alegría en medio del dolor: vive en un misterio que no puedo penetrar, en un más allá que no devuelve sus ecos; ya no hay palabras, ya no hay presencia; silencio, silencio... Pero él vive”<sup>37</sup>. Esta supervivencia de los amigos da calor humano a la felicidad, contribuyendo incluso al bien-ser de la propia bienaventuranza<sup>38</sup>.

## LA FRAGILIDAD DE LA AMISTAD

La amistad, como venimos viendo, es la satisfacción de una de las más perentorias necesidades humanas. Sin embargo, no es algo de lo que tengamos una experiencia continua y sin sobresaltos. Arraigada en la persona, tiene su propia dignidad, pero también sus límites y riesgos. Por eso requiere atención, cuidado y esmero. El amigo no puede ser tratado de cualquier manera, por mucha que sea la confianza que nos una. La amistad siempre corre el riesgo de dejar de ser respetuosa. La familiaridad y la indulgencia no pueden justificar la falta de justicia y equidad. A los amigos debemos tratarlos con toda la delicadeza indispensable, pero no siempre lo logramos. El narcisismo y el egoísmo, la pérdida del respeto a su personalidad y sus circunstancias, el impedir su desarrollo autónomo o pedirle más de lo que se le da, son causas frecuentes del debilitamiento de la amistad e incluso del alejamiento y el abandono. Por eso, con mucho realismo y experiencia se ha dicho que “las amistades más fuertes son las que asumen y aceptan sus caminos frágiles, sus humildes hilvanes”<sup>39</sup>.

Voy a fijarme en tres de esas fragilidades u obstáculos para lograr y mantener una auténtica amistad: la superficialidad, la cosificación del amigo y su utilización.

En primer lugar, el obstáculo de la superficialidad. Se ha dicho que la principal dificultad para avanzar en la experiencia de la amistad consiste en permanecer en lo superficial, en el mero formulismo, en un plano meramente

<sup>36</sup> Lucio Anneo SÉNECA, *op. cit.*, carta 74.24: 99,4, tomado de Joaquín BELTRÁN SERRA, “La amistad y el amor en el epistolario de Séneca”, en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 28 (2008), p. 34.

<sup>37</sup> H.D. NOBLE, *op. cit.*, p. 134.

<sup>38</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología* I-II, q.4, a.8.

<sup>39</sup> José Tolentino MENDONÇA, *op. cit.*, p. 248.

ficticio<sup>40</sup>. Es lo más contrario al encuentro profundo de los amigos, a compartir los sentimientos más sinceros, los pensamientos más comprometidos. La superficialidad es esa permanencia en el mundo de la mera coincidencia, en el mero revoleteo de las anécdotas y de las apariencias, sin aterrizar en lo que realmente importa.

El personalismo contemporáneo ha visto ese ámbito de lo superficial en el mundo genérico e impersonal del “se”, donde no hay sujetos que mutuamente se interpelen. Un “se” dice, “se” cuenta, “se” cree saber, “se” hace... es un “se” irresponsable y tiránico que agosta a las personas y congela las comunidades vivas en la opinión, los hábitos y la rutina. No hay mucho espacio para la amistad cuando los sujetos se disuelven en la masa. Y lo mismo cabe decir de las asociaciones interpersonales en las llamadas sociedades vitales. Prevalecen en ellas los valores de lo agradable, de la tranquilidad, del buen vivir, una felicidad en suma lisonjera y superficial. Son valores vitales que no se han liberado de la pesantez de los valores materiales<sup>41</sup>. La amistad en esos medios recuerda mucho a la amistad por intereses o por cualquier tipo de agrado que ya denunciara Aristóteles.

En segundo lugar, el obstáculo de la cosificación del amigo. Se ha dicho ya que sólo hay propiamente amistad entre dos personas cuando ambas se perciben, se relacionan, se valoran y se respetan como sujetos. El otro es el que de ninguna manera es un objeto o de ninguna manera puede ser tratado como si lo fuera. Cosificamos al otro cuando reducimos nuestra relación a compartir los puntos de vista o a desear una concordancia de opiniones, cuando permitimos que el eros apague el ágape porque el tú a tú se convierte en un yo a yo<sup>42</sup>. Otra forma de cosificación del amigo es reducirlo a mero objeto de nuestra admiración. Esta es una perfección estática que aliena e infantiliza a quien sólo la admira y no la toma como aliciente para su propio perfeccionamiento personal. La amistad consiste en amar la existencia del otro como persona, no como cosa. No surge nunca cuando alguien se propone subordinar a un ser humano o acepta subordinarse a él<sup>43</sup>. La amistad no puede ser esa permanente y vanidosa búsqueda de reconocimientos, haciendo del otro una especie de juguete para mí.

Por último, un tercer obstáculo: la utilización del amigo. Es cierto que el hecho de que la amistad proporcione ventajas prácticas no la reduce necesariamente a un conjunto de transacciones basadas en el interés y en la obligación en lugar de en el afecto sin egoísmo<sup>44</sup>. La amistad, como el amor, si es personal y real no es nunca del todo platónica; implica, como se acaba de decir, algunas

<sup>40</sup> Cf. *Ibid.*, p. 251.

<sup>41</sup> La fenomenología de este tipo de sociedades, que sin violencia pueden transponerse a las categorías de amistad, puede verse en Fernando VELA LÓPEZ, *Persona, poder, educación. Una lectura de E. Mounier*. Salamanca, San Esteban-Universidad Pontificia, 1989, pp. 177-178.

<sup>42</sup> Cf. Carlos Marcelo BARVARINO, *op. cit.*, p. 120.

<sup>43</sup> Simone WEIL, *op. cit.*, p. 70.

<sup>44</sup> Cf. David KONSTAN, *op. cit.*, p. 44.

ventajas prácticas. Sentirse querido y respetado, escuchado y comprendido, disculpado y alentado, confortado y confirmado, acogido y recordado son, entre otras, algunas de esas ventajas prácticas. Pero ninguna de estas ventajas debe confundirse con el interés. El interés es distinto de la ventaja. El interés por cualquier forma de ganancia o beneficio es incompatible con la amistad. La armonía basada en el interés no deja de ser una armonía circunstancial que con frecuencia y facilidad lleva al desacuerdo. Es bien cierto que “cuando el afecto de un ser humano hacia otro está constituido únicamente sobre la necesidad es atroz”<sup>45</sup>; cuando la necesidad que vincula a los seres humanos no posee una naturaleza afectiva, cuando es fruto del deseo y las circunstancias, cualquier atisbo de amistad desaparece y aparece la hostilidad.

### ALGUNOS RITOS DE LA AMISTAD

De cuanto se viene diciendo se sigue que la amistad no es sólo un asunto de sentimientos e intenciones, ni de encuentros episódicos, sino que se manifiesta, se cuida y se acrecienta a través de los hechos. Me gusta considerar esos hechos como “ritos de la amistad”, gestos que reiteramos, que tienen una cierta codificación social y cultural, y un significado propio que les es otorgado por los sujetos que participan en la acción. El rito, tanto en su versión religiosa como en la más laica, que es la que aquí nos interesa, no es meramente ocasional, goza de una cierta reiteración y de continuidad en el tiempo y en la pequeña historia de las personas implicadas. El rito permite cuidar lo que Ortega llamó “una amistad delicadamente cincelada”<sup>46</sup>.

Estos ritos de la amistad posiblemente son muchos y variados, dependiendo como dependen, de las subjetividades que los producen y reciben y de los entornos culturales en que se dan. Por mi parte, voy a considerar sólo tres de ellos: pasar tiempo juntos, compartir la mesa y la palabra y otorgar el perdón.

Hoy es muy frecuente que las relaciones virtuales desplacen la costumbre de visitar, de quedar para vernos, de charlar sin prisas. Los ritmos de la vida cotidiana resultan a veces agobiantes, incluso para los jubilados, que cada vez somos más. Aunque físicamente el tiempo es el mismo, anímicamente disponemos de menos tiempo. Es verdad que una amistad se puede traslucir en un instante de contacto, pero también lo es que todo lo nuestro está hecho de tiempo y que en él no sólo producimos, también debemos disfrutarlo relajadamente. Por eso es cierto que, como se ha dicho,

la amistad tiene el sabor de la vida cotidiana, de los espacios domésticos, del pan que se reparte, de las horas vulgares; sabe a intimidad, a conversaciones

<sup>45</sup> Simone WEIL, *op. cit.*, p. 68.

<sup>46</sup> Citado por P. LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 311.

pausadas, a tiempo invertido en los detalles, a risas y a lágrimas, a una exposición confiada (...); sabe a hospitalidad, a carreras agobiadas y a tiempo que se pasa escuchando<sup>47</sup>.

Es en ese tiempo compartido donde nos obsequiamos los pequeños gestos cotidianos como la sonrisa, la caricia, el saludo afectuoso, pero también las palabras de ánimo, el apoyo mutuo, el disfrute juntos de tantos momentos compartidos. Tomar juntos un café o un vino, visitar juntos un museo, disfrutar juntos una buena película o un interesante documental, comentar las más recientes lecturas o dar juntos un paseo por la naturaleza. Múltiples momentos en que nos sentimos acompañados, incluso sin necesidad de hablar ya que entre amigos el silencio es un vínculo que une y la amistad permite escuchar el lenguaje no verbal.

Este contexto del paso del tiempo juntos me recuerda el lugar y el valor del juego. Siempre me llamó la atención que Tomás de Aquino le prestase atención. Cuando hoy apreciamos tanto el tiempo invertido en producir y nos cargamos de cautelas ante lo que parece simplemente ocioso, cuando toleramos el juego entre los niños porque aún no tienen cosas más interesantes que hacer, es bueno recordarnos que el juego está ordenado a un bien, que es una virtud, la *eutrapelia* o alegría, y que es necesario para la vida humana<sup>48</sup>.

Compartimos el tiempo en la presencia del amigo, pero también en su ausencia, cuando recibimos una carta suya, mantenemos una conversación telefónica, tenemos una buena noticia acerca de él, o lo evocamos con cualquier tipo de recuerdo. Todo ello es lo que permite una constante atención a cuanto es común entre los amigos y hace muy veraz aquello de Saint-Exupéry: “El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante”.

Otro rito que celebramos con frecuencia es compartir la comida con los amigos. Abrirles la puerta de casa, o franquear su puerta, o entrar juntos en un restaurante o mesón y ocupar una mesa previamente reservada, son manifestaciones sublimes del placer de estar juntos, de disfrutar la confianza mutua y de disponernos a la confidencia. Evidentemente, no pienso en las tediosas comidas de empresa o en las invitaciones de circunstancia, sino en ese gesto de compartir la mesa que provoca una conversación sosegada.

Al menos desde los griegos en adelante, compartir la comida ha sido visto como un gesto de encuentro en el que se dialoga, se comparten las ideas y proyectos. La comida compartida es también de algún modo un simposio. Se puede recordar el diálogo platónico *El Banquete* en el que un pequeño grupo de amigos pone en común, en torno a la mesa, sus apreciaciones sobre tantos asuntos por los que se preguntan. Kant ha descrito también “la comida en

<sup>47</sup> José Tolentino MENDONÇA, *op. cit.*, p. 129.

<sup>48</sup> Pueden verse a este propósito algunos pasajes de la *Suma de Teología*, como I-II, q.1.a.6; II-II, q.138, a.2 y q. 168, a.3.



buena compañía” como un encuentro amistoso que no tiene tanto que ver con la satisfacción corporal como con el deleite social que se expresa en el diálogo sobre algo común, entre seriedades y risas<sup>49</sup>. Dejando a un lado las normas de la etiqueta kantiana, una comida compartida aún tiene hoy ese sentido entre nosotros. Incluso en otro plano, el religioso, se ha resaltado el sentido integrador, pedagógico, liberador y sanador de las comidas de Jesús<sup>50</sup>.

Importa destacar cómo una comida compartida genera las condiciones para un diálogo interesante, profundo, prolongado y sincero entre los comensales. El diálogo es otro rito de amistad. Resalta como ningún otro nuestra propia condición humana: somos seres de la palabra. En la comunicación, mediante la palabra y el diálogo, ponemos a disposición de otros la persona que somos. El amor, en expresión de Julián Marías, consiste en un “mutuo decirse”.

La palabra, se ha dicho, “caracteriza la condición humana”<sup>51</sup>. Su uso entre amigos la libera de sus contradicciones, ya que de suyo la palabra tanto aproxima como distancia, revela como oculta, acaricia como agrade. En ella se produce el diálogo que es, como bien sabemos, un encuentro que lleva más allá los pareceres parciales y provoca un acercamiento más completo a la verdad. Juan Manuel Almarza tituló su tesis doctoral *El Diálogo que somos*. Es una magnífica y original síntesis sobre la filosofía hermenéutica de Hans-Georg Gadamer. Almarza expresó el sentido de ese título apoyándose en un poema de Hölderlin que Heidegger había glosando diciendo: “Desde que somos diálogo... Nosotros los hombres somos palabra-en-diálogo. El ser del hombre se funda en la palabra; mas la palabra viene al ser como diálogo”<sup>52</sup>. En un diálogo entre amigos no se trata sólo de abundar en palabras, pues, como se ha dicho, “el silencio es un instrumento de la amistad”<sup>53</sup>; el silencio también puede ser compartido y expresa no tanto un vacío de contenidos cuanto el respeto a nuestro interlocutor. El respeto a su secreto, a lo que él es más allá de lo que aparece y de lo que cuenta. Tal vez lo más significativo que podemos compartir no encuentra en el mundo un lenguaje mejor que el del silencio. En definitiva, el amigo “es la persona a la que podemos contar todo, y al mismo tiempo aquella a cuyo lado permanecer mucho tiempo en silencio sin sentirnos obligados a decir algo”<sup>54</sup>.

<sup>49</sup> Cf. Pedro LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, pp. 97-8.

<sup>50</sup> Con tono más divulgativo que estrictamente teológico ha tratado muy bien este asunto José Tolentino MENDONÇA, *op. cit.*, pp. 116-118.

<sup>51</sup> Puede verse a este propósito el muy sugerente artículo de Vicente BOTELLA CUBELLS, “En torno al buen uso de la palabra”, en *Teología Espiritual* LXV, n. 187 (2021) 11-27.

<sup>52</sup> Juan Manuel ALMARZA MEÑICA, *El diálogo que somos. Filosofía hermenéutica de Hans-Georg Gadamer*. Valladolid, Instituto Superior de Filosofía, 1998.

<sup>53</sup> Cf. José Tolentino MENDONÇA, *op. cit.*, p. 268.

<sup>54</sup> *Ibid.* p. 178.

Por último, quiero fijarme en un rito de amistad hoy frecuentemente descuidado: el perdón. Quizá porque rehuimos un lenguaje con connotaciones religiosas, quizá porque nuestro narcisismo nos lleva a considerarnos inocentes ante las consecuencias de nuestros actos y omisiones, lo cierto es que hoy raramente nos pedimos perdón. Y más raramente aún lo otorgamos. Dando prioridad al derecho sobre cualquier deber hemos desarrollado una prodigiosa capacidad de recordar los agravios recibidos, un recuerdo que nos impide perdonar.

Esta dureza para el perdón y el reencuentro no toma en consideración lo expuesto de nuestras relaciones más íntimas. Tan cierto es que la amistad se construye desde la sinceridad y la confianza como que la fragilidad de nuestra condición puede transgredirlas. El trato frecuente es también ocasión frecuente de heridas. Nuestro ego menos generoso vulnera la gratuidad, la autodonación, y nos hace reclamadores de correspondencia. En nuestros excesos nos manifestamos paternalistas y celosos. No es siempre fácil ser próximo sin agobiar. No siempre acertamos a mantener el respeto y la distancia y a reclamar el exclusivismo. Por eso una amistad no pervive sin paciencia mutua, sin benevolencia incluso con los defectos propios y ajenos. Todos podemos equivocarnos y errar. El perdón equilibra nuestras relaciones. La reconciliación nos permite mirar hacia adelante, con una confianza renovada, dándonos nuevas oportunidades. Me ha parecido muy certera esta reflexión de F. Torralba:

No hay que ver el perdón como algo excepcional. En algunos casos, realmente lo es, porque las dimensiones de la ofensa son tan graves y hieren tan profundamente los tejidos emocionales y mentales de la persona que el perdón se presenta como algo casi imposible, difícil, en palabras de Ricoeur. Sin embargo, el perdón, en la vida cotidiana, es ordinario y normativo, algo que ocurre todos los días, y que se halla en la naturaleza misma de nuevas relaciones. Es una virtud que ejemplifica la constante voluntad de cambiar la mente y comenzar de nuevo por parte de los seres humanos<sup>55</sup>.

El perdón no muestra la debilidad de la condición humana, sino la fuerza del amor. Donde hay un hombre hay, además de buena voluntad, contradicción, aunque donde hay un amigo no hay reproche sino una nueva aproximación. La convivencia amistosa es siempre posible porque el perdón nos regenera.

Fernando Vela López  
Facultad de Teología de San Esteban  
Plaza del Concilio de Trento s/n  
37001 Salamanca  
fvela@dominicos.org

---

<sup>55</sup> Francesc TORRALBA, *La lógica del don*, Madrid, Khaf, 2012, 2ª ed., p. 99.

## RECEPCIÓN DE ORIGINALES

1. Los estudios y notas presentados para su inclusión en Estudios Filosóficos han de ser inéditos y no pueden ser publicados parcial o totalmente en ninguna otra publicación sin la autorización expresa de la revista.
2. Se enviarán a la dirección de la revista por correo electrónico.
3. Los estudios no deben sobrepasar las 12000 palabras y las notas las 4000.
4. Sólo se aceptan originales en castellano.
5. Todo artículo o nota deberá estar firmado por el autor, que indicará también la institución a la que está vinculado, y deberá ir acompañado de un resumen en castellano y otro en inglés, de no más de cien palabras, así como de cinco palabras clave en español y en inglés, y de un breve currículum del autor que incluya una dirección de contacto, preferentemente de correo electrónico.
6. Los autores recibirán un acuse de recibo de su original.
7. Los originales no publicados no serán devueltos a los autores.
8. Por el hecho de enviar un original a Estudios Filosóficos, el autor se compromete a no enviarlo a otra publicación hasta haber recibido el dictamen de la comisión de evaluación.

## PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. Los originales estarán numerados y redactados de manera perfectamente legible, a doble espacio y con tipo de letra no inferior a 12 puntos en el cuerpo de texto y a 10 en las notas a pie de página.
2. Los textos enviados serán considerados definitivos, de modo que no se admitirá modificación alguna por parte de los autores una vez que haya comenzado su proceso de evaluación.
3. Las notas se numerarán de modo continuo, en correspondencia con las llamadas en el texto.
4. Las referencias bibliográficas dadas en las notas seguirán el criterio que muestran los ejemplos siguientes:

Libro: Ángel MARTÍNEZ CASADO, *Lope de Barrientos. Un intelectual de la corte de Juan II*, Salamanca, San Esteban, 1997, p. 315.

Artículo de revista: Eladio CHÁVARRI, "Tolerancias y procesos racionales" en *Estudios Filosóficos* 44 (1995) 453-486.

Colaboración: Juan Manuel ALMARZA, *La historicidad de la comprensión en H.G. Gadamer. Fundamentos para una teoría de la experiencia hermenéutica*, en Juan Manuel ALMARZA, Mariano ÁLVAREZ y otros, *El pensamiento alemán contemporáneo. Hermenéutica y teoría crítica*, Salamanca, San Esteban, 1985, pp. 13-55.

Los apellidos deben ir en versal.

5. Cuando la misma obra es citada de nuevo, debe transcribirse así: Ángel MARTÍNEZ CASADO, *op. cit.*, p. 12. Si de un autor se cita más de una obra se pondrá el título de la misma en lugar de *op. cit.*
6. Si una misma obra se cita en dos notas seguidas se hará así: *Ibid.*, p. 7. Si coincide la página se escribirá *Id.*
7. Las palabras en lenguas extranjeras y los títulos de obras incluidas en el texto deben ir en itálicas.

## EVALUACIÓN DE ORIGINALES

1. Cada uno de los originales recibidos será enviado por el consejo de redacción a dos lectores al menos, que recomendarán la publicación o no del mismo, pudiendo también sugerir la introducción de correcciones.
2. El nombre de los autores no aparecerá en la copia enviada a los evaluadores.

## SELECCIÓN DE LOS ORIGINALES Y PUBLICACIÓN

1. Una vez recibidos los informes y reunido el consejo de redacción, se comunicará a los autores si sus trabajos han sido aprobados para su publicación o no. La fecha concreta de publicación dependerá de la configuración de los números.
2. El autor recibirá un ejemplar de la revista y una copia electrónica de su artículo.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

ESTUDIOS FILOSÓFICOS



sanesteban  
editorial